

urbana. Queda pendiente la discusión de si la conexión entre ambas esferas puede o debe ser orientada o no desde criterios extraeconómicos. En singular *Aufhebung* la autora en algún momento parece proponer la superación de los valores mercantiles y los espirituales por parte de los democráticos. Pero ¿llevan necesariamente los primeros a los últimos?

Rafael García Alonso

Madrugada (Crónica de espejos), Salvador Compán, Mérida, Editora Regional de Extremadura, 1996, 203 pp.

Salvador Compán nos ofrece con *Madrugada* —que obtuvo el II «Premio de Novela Gabriel y Galán», otorgado por la Junta de Extremadura— un relato cargado de madurez tanto en su formulación como en su contenido. La obra se incardina dentro del género de la novela negra, en la que las pasiones, las revelaciones premonitorias y el juego temporal desempeñan un papel decisivo en el irrefrenable deseo de venganza que se desencadena en la conciencia de Ernesto Belalcázar, policía jubilado que achaca la muerte de su hijo Juan a la funesta influencia de su novia Julia, seductora muchacha que aparenta repartir sus lascivos favores entre el

joven fallecido y su amigo Lucas, provocando el trágico enfrentamiento entre ambos y el sorprendente final de la novela.

La arquitectura novelística está perfectamente planificada. Empleando el decurso temporal como elemento constructivo, el autor teje en torno a los dos protagonistas-narradores (Ernesto Belalcázar y Lucas Oxamendi) sendas historias personales que, hasta su trágica confluencia final, se van desarrollando paralelamente con un ritmo distinto y en dos planos complementarios: el del tiempo real de lo que sucede en el relato y el del tiempo evocado por los personajes en sus recuerdos personales. El tiempo real, formulado en presente y en primera persona, está muy constreñido: lo que le ocurre a Ernesto abarca una semana, la que va desde la tarde del Viernes de Dolores en Santander hasta la madrugada del Viernes Santo en Sevilla; lo que le sucede a Lucas no se extiende más allá de un impreciso y leve lapso temporal en la misma madrugada de Viernes Santo. Sin embargo, el tiempo implícito en las historias que, sobre sí mismos, evocan estos personajes a través de sus memoraciones autobiográficas, es bastante más amplio, ofreciendo así al lector el conocimiento de los hechos que conducen a la desoladora conclusión de la trama novelística.

Un lenguaje cuajado de resonancias líricas —Salvador Compán tam-

bién es poeta—, que a veces se carga de expresiones duras y rotundas, redondea y pone la piedra angular a este relato, inteligentemente conducido por la diestra mano de un autor que sabe contar con soltura, manejando de manera experta la intriga, las pasiones internas de los personajes y el desarrollo de la acción novelesca.

Antonio Castro Díaz

La más fingida ocasión y Quijotes encontrados, Santiago Martín Bermúdez, Alcalá de Henares, Teatro Independiente Alcalaíno, 1998, 140 pp.

En la historia del teatro español más reciente, son varios los dramaturgos que se han sentido tentados por revivir la figura de nuestro genial creador Miguel de Cervantes, por recrear sus obras o por dotar de vida propia a sus caricaturas; éste ha sido el caso de Antonio Buero Vallejo, Lauro Olmo, Carlos Muñiz, Domingo Miras, José Sancho Sinisterra y un larguísimo etcétera que tiene su último eslabón en *La más fingida ocasión y Quijotes encontrados* de Santiago Martín Bermúdez.

Ya desde el mismo título se nos advierte de lo que será la esencia de *La más fingida ocasión*: una fusión de los mundos quijotescos de Cer-

vantes y Avellaneda, y de los recursos y técnicas de la Comedia Nueva definida por Lope de Vega en su *Arte Nuevo de hacer comedias*, Santiago Martín presenta en *La más fingida ocasión* una metaficción, un juego de espejos, en el que la realidad se caracteriza por una ambigüedad muy del gusto cervantino, y donde asistimos a la confrontación entre el Quijote de Cervantes y el de Avellaneda, pero también presenciamos el enfrentamiento de dos modos de entender la vida: uno, el cervantino, regido por la tolerancia, el humanismo y la cultura, y el otro, encarnado en el protagonista de Avellaneda, movido por los convencionalismos, la mediocridad y el reaccionarismo. Y como telón de fondo de todo ello la España aterrorizada por la Inquisición y cercada por las guerras, la superstición, el hambre y la incultura. Esta trama principal que, como es habitual en la dramaturgia de Santiago Martín, sólo se sugiere, sin explotarla hasta sus límites extremos, viene arropada por unas previsibles tramas secundarias que imitan la estructuración de la Comedia Nueva.

En ese anhelo de unir a Cervantes y Lope, Santiago Martín concibe su obra en un corral de comedias, con sus diferentes niveles perfectamente delimitados. Además, como era habitual en la vida teatral del siglo XVII, la representación del núcleo central de la obra está precedida de

una loa en la que el director de la compañía, aquí el mesonero, explica lo que va a ocurrir; y termina con una mojiganga festiva en la que se invita a todos a participar y donde los personajes pierden su grandeza para adoptar tonos carnalescos y lúdicos. Sin embargo, aunque el dramaturgo se muestra perfecto conocedor de los recursos de la Comedia Nueva, los personajes que protagonizan tanto la trama principal como las peripecias amorosas, son personajes de carne y hueso, más parecidos a las criaturas del teatro cervantino, y más concretamente a los *La entrenida*, que a los estereotipos con frecuencia inventados por Lope de Vega.

El lenguaje de que se sirve Santiago Martín imita, con las limitaciones que requiere nuestra literatura actual, el universo cervantino, para lo que se ha ayudado de numerosos casos de intertextualidad (*El Quijote* de Cervantes, *El Quijote* de Avellaneda, el *Espejo de príncipes y de caballeros* de Ortúñez de Cahora, el *Romancero*, *D. Juan Tenorio*, y las novelas de caballería) que contribuyen a dar un cierto regusto de época a esta recreación emprendida con gran acierto por Santiago Martín, recreación que, tanto por motivos temáticos como formales y estructurales, convierte a *La más fingida ocasión* y *de Quijotes encontrados*, no sólo en lo que debe ser, la base de una representación, sino también una obligada lectura para aquellos

aficionados y conocedores de nuestro Siglo de Oro.

Cristina Santolaria

Ética y estética de Antonio Muñoz Molina, AA.VV., *Institut de Langue et Littérature Espagnoles, Université de Neuchatel, 1997.*

Los encuentros académicos casi nunca son indicios fiables de nada, incluso a veces propician disparates mayúsculos de apreciación. Pero sólo a veces. Porque otras se acierta en convocar una reunión de especialistas y salen hermosos libros clandestinos (pero necesarios) como el que comento ahora. El volumen reúne las ponencias leídas en Neuchatel en 1997 por nueve especialistas en literatura española contemporánea convocados por la profesora, y editora del volumen, Irene Andrés-Suárez.

La crítica sobre Muñoz Molina es ya numerosa pero este libro reúne dos o tres textos esenciales sobre su obra. Destaco en primer lugar la síntesis interpretativa de la humanidad literaria del autor, firmada por José-Carlos Mainer. Es el mejor ensayo del libro y sirve como lección básica sobre los tempranos logros del escritor pero también sobre lo que constituyen las raíces éticas e ideológicas de una literatura muy segura de ser literatura, nada panfletaria pero pro-

fundamente asistida de razones éticas y políticas, de historia. En suerte le sigue el lugar en que mejor se pueden constatar de manera directa las deudas formativas y las predilecciones intelectuales del escritor. Fernando Valls propone un recorrido minucioso y reivindicativo de esa faceta mayor de algunos escritores de hoy, el articulismo literario, que en el caso de Muñoz Molina resulta insoslayable. Santos Sanz Villanueva justifica (innecesariamente) la reunión de las reseñas que ha dedicado a cada título del escritor y resultan una buena muestra de la sagacidad del crítico de diario, el que escribe necesariamente deprisa y además acierta. A aspectos más delimitados de la narrativa de Muñoz Molina, o a títulos concretos, dedican sus trabajos Irene Andrés-Suárez, Gonzalo Navajas, Ivette Sánchez, Geneviève Champeau, Marco Kunz, Georges Tyras y Antonio Lara. Cierra el volumen la más completa bibliografía de y sobre Antonio Muñoz Molina hasta 1997.

Jordi Gracia

La era del capital 1848-1875, Eric Hobsbawn, traducción de A. García Fluxá y Carlos Caranci, Grijalbo-Mondadori, Barcelona, 1998, 358 pp.

Como parte de una serie que engloba la historia de los dos más

recientes siglos (*La era de la revolución, La era del imperio, Historia del siglo XX*), esta entrega podría denominarse como era postrevolucionaria o individualista, pues la enmarcan la época de las revoluciones y la paralela, del nuevo colectivismo imperialista que eclosiona hacia 1870 y culmina, trágicamente, con la guerra de 1914.

Las barricadas de 1848 significaron la última y frustrada puesta en escena de una revolución. Hubo intentos de repetirla y doctrinas políticas que la solventaron, pero los hechos se encargaron de archivarla y el mundo capitalista (o el mundo integrado por el capitalismo comercial y financiero) se dedicó a desarrollarse vertiginosamente. Alteraciones demográficas, migraciones, urbanización, concentración empresarial, ensanchamiento de las clases medias, organización y dignificación del proletariado, cambios urbanísticos estructurales, son algunos de los índices del proceso, al cual se añaden fenómenos intelectuales que lo caracterizan, como las filosofías progresistas de la historia, el arte realista, la literatura como imagen del mundo social.

Pero, como bien señala el autor, algunos indicadores contrarios comenzaron a socavar la monolítica confianza de la burguesía emprendedora en su armonía con el mundo y su potencia de despliegue. El más grave fue el enfrentamiento competitivo de las grandes potencias